

EL ESPAÑOL EN EL MUNDO¹

Rolena Adorno

Yale University

Cuando la existencia de este hemisferio occidental fue anunciada en Europa, se hizo en español. Traducida rápidamente al latín y publicada con apuro en 1493, la “Carta del descubrimiento” de Cristóbal Colón, como se le llamó, fue un acontecimiento mundial, tanto como los notables hallazgos que describía y las promesas que hacía a sus lectores de la corte de Castilla: *paraíso y patria*, como escribió recientemente uno de mis alumnos subgraduados, reflexionando en las promesas de la carta colombina. “Paraíso y patria”: una frase escrita por un estudiante nacido en los Estados Unidos de una madre ítalo-americana y un padre que escapó de su país por razones políticas y no puede volver, o teme hacerlo. El padre de mi estudiante vino al “paraíso” norteamericano no desde Centroamérica, sino desde Irán. Un estudiante de ascendencia iraní estudiando literatura en español en una universidad de élite en el sur de Nueva Inglaterra: globalización cultural y educativa.

Las promesas de patria y paraíso fueron cumplidas en español antes que en cualquier otra lengua occidental. Los relatos españoles de exploración y conquista fueron rápida y ávidamente traducidos al italiano, al inglés, al francés, al alemán y al holandés, como para responder a la pregunta: “¿qué *están* haciendo esas personas allá lejos?”.

¹ Traducción de “Spanish in the World”, discurso de aceptación del Séptimo Premio por Trayectoria Profesional (“Lifetime Scholarly Achievement”) que le otorgara la Modern Language Association (MLA) o Asociación de Lenguas Modernas a Rolena Adorno durante el congreso 130 de la Asociación en Vancouver, Canadá, el 10 de enero del 2015. Esta ha sido la primera vez que tan importante distinción se otorga a una investigadora latinoamericanista. La traducción del inglés es de José Antonio Mazzotti.

Y esta hambre por saber lo que los escritos en español podrían revelar no se calmó al llegar el siglo XVII. Hacia el final de la tercera década, el protegido y sucesor inglés de Richard Hakluyt, Samuel Purchas (1577-1626), tradujo en su *Purchas His Pilgrimes* (1625) más relatos de viajes españoles de exploración, conquista y poblamiento. Y añadió algo nuevo: gracias a sus traducciones produjo los primeros conocimientos en inglés sobre las civilizaciones indoamericanas.

Purchas seleccionó en inglés, por vez primera, pasajes de los *Comentarios reales* (1609, 1617) del Inca Garcilaso de la Vega y, más notablemente aun, escribió en inglés una versión del Códex Mendoza, de mediados del XVI, hoy preservado en la Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford. Un siglo y medio más tarde, en la Nueva España, el gran polígrafo criollo Carlos de Sigüenza y Góngora estudió minuciosamente los cuatro volúmenes del compendio de Purchas. Sigüenza admiraba su versión mexicana de la historia azteca, acompañada de laboriosas xilografías de los jeroglíficos mexicanos que favorecían el original. El logro de Purchas llevó a Sigüenza a afirmar que el trabajo de Purchas era merecedor del “amante más fino de la patria” (181-182). Pero, claro, la patria de Purchas era Inglaterra.

En ese escenario, Purchas, el ministro anglicano, compilador literario y traductor, se erige para mí como la figura que triangula tres esferas de interés e influencia: España, Inglaterra y América. Y aquí quiero decir “tres con un plus”, pues Purchas incluyó las antiguas culturas autóctonas americanas junto con la Euro-América de su tiempo. Esta triangulación de intereses es vívidamente ilustrada en la *History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* de Washington Irving, la primera biografía completa y detallada del Almirante en inglés. Publicada en 1828, fue reimpressa y citada por un siglo, hasta bien entrada la década de 1920. Su influencia aún se siente en los Estados Unidos, donde se conmemora el “Día de Colón” a nivel federal, con un fin de semana largo que incluye pomposas rebajas en las tiendas. (Estas rebajas no son en absoluto inapropiadas, sobre todo si recordamos que el objetivo original del viaje de Colón fue comercial).

Mucho antes de que Colón fuera satanizado como el portador del mal y las enfermedades que acabaron con los nativos (una especie de Darth Vader renacentista), Washington Irving ya lo había

modelado como el emprendedor norteamericano del siglo XIX dedicado a la actividad económica. Para eso, Irving se basaba en dos fuentes: una compilación en inglés de viajes y descubrimientos, prologada por Samuel Johnson con el título de *The World Displayed* (1759-61), y la biografía en español de Cristóbal Colón escrita por su hijo Hernando en el siglo XVI (Adorno, "Washington Irving's Romantic Hispanism" 56-65). Desde el siglo XVIII, la mirada anglo-norteamericana sobre el mundo hispánico pone en juego invariablemente esta triada española, inglesa y anglo-norteamericana.

Para entender mejor este interés anglo-norteamericano en la cultura y la lengua española, quiero recordar a Thomas Jefferson, que murió dos años antes de la aparición del *Columbus* de Washington Irving, pero que comprendió muy bien que "la parte antigua de la historia de los Estados Unidos está escrita mayormente en español" (Jefferson, "To Thomas Mann Randolph, Jr." 558). Jefferson ayudó a establecer la enseñanza de lenguas modernas, incluyendo el español, en 1780, en el College of William and Mary, y luego, en 1819, cuando fundó la Universidad de Virginia. Al alentar en 1787 y 1788 a los promisorios jóvenes de su círculo que estudiaran español y portugués, Jefferson citaba el valor de dichos estudios tanto por razones prácticas como académicas. Al joven John Rutledge, Jr., de Carolina del Sur, le escribía el 13 de julio de 1788: "Nuestros lazos con los españoles y los portugueses deben ser cada día más y más interesantes, y pienso que el conocimiento de sus lenguas, costumbres y situación podría eventual y hasta probablemente ser más útiles para ustedes mismos y para el país que cualquier otro lugar que conozcan". Y añadía, premonitoriamente, que "el vientre del tiempo está lleno de eventos que ocurrirán entre ellos y nosotros" (Jefferson, "To John Rutledge, Jr." 358). De hecho, así ha sido.

Y hoy, en el 2015, esas profecías se han cumplido. Hemos ido "de La Habana a Macondo" y más allá. (Mucho más allá: basta ver la reciente y controvertida Orden Ejecutiva del Presidente Obama derogando algunas de las restricciones de más de medio siglo que Estados Unidos impuso a Cuba). Los vientos que soplaban desde La Habana el 1 de enero de 1959, y los que soplaban desde Estados Unidos el 3 de enero del 61, cuando el Presidente Dwight D. Eisenhower cerró la embajada norteamericana y rompió relaciones diplomáticas con Cuba, avivaron la hoguera del interés de Estados

Unidos por América Latina. Seguidos por la invasión de la Bahía de Cochinos, monitoreada por la CIA en abril de 1961, y por la Crisis de los Misiles de octubre del 62, esos cataclismos políticos eclipsaron eventos literarios de primera magnitud en la región (González Echevarría 99-102).

Las novelas latinoamericanas de mediados de siglo y sus traducciones internacionales —el “boom” de esa literatura— fueron acompañadas por el ascenso de la enseñanza del español en los Estados Unidos (Adorno, “Havana and Macondo” 376-78, 383-84), que se ha visto acelerado por el crecimiento de la presencia latina en el país y, específicamente en la academia, por los intereses prácticos de los estudiantes así como por sus compromisos culturales e intelectuales con la región. Y aquí vuelvo a la América Latina de hoy, su historia y su promesa. Les recomiendo el documental de seis horas, en tres partes, “The Latino Americans: The 500-Year Legacy that Shaped a Nation” (“Los Latino-Americanos: el legado de 500 años que modeló a una nación”). Registra la historia de medio milenio de los latinos y sus ancestros en el continente norteamericano. Y está acompañado por un libro del mismo título del periodista y escritor Ray Suárez. Este proyecto complementa esa otra gran serie documental “Created Equal: America’s Civil Rights Struggle” (“Creados iguales: la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos”), que traza la historia de los afroamericanos desde la década de 1830 hasta las luchas por los derechos civiles en la de 1960. Ambos proyectos recibieron el apoyo de la National Endowment for the Humanities (NEH o Fondo Nacional para las Humanidades) a través de su División de Programas Públicos, que subvenciona documentales y ayuda a diseñar aquellos proyectos que llevan diálogos comunitarios a distintos lugares del país².

Hoy por hoy, se puede argüir que el mejor lugar para ser entrenado como hispanista o latinoamericanista es la academia norteamericana. Esto se debe al apoyo institucional y financiero de sus universidades, así como al acceso directo al mayor mercado laboral del campo, gracias a la organización que la MLA realiza. Y las matrículas

² Esta difusión nacional también ha sido desarrollada y auspiciada por la Oficina del Director de la NEH bajo las iniciativas “Tendiendo Puentes entre Culturas y “El Bien Común”.

las en español, entre todas las lenguas modernas del mundo (excepto el inglés) son las más altas. Veo esto como una gran responsabilidad, que honramos cada vez que estamos en clase. Pero el panorama es mucho más grande, e incluye no sólo a los que estamos directamente involucrados con el español, el portugués y sus culturas, sino a todos los miembros de esta Asociación como defensores de las humanidades y del lugar de éstas en la universidad global. Les recomiendo para ello el proyecto “The Heart of the Matter” (“El meollo de la cuestión”) de la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias.

En respuesta a un pedido del Congreso de los Estados Unidos, tanto de republicanos como de demócratas, sobre el estado actual de las humanidades y las ciencias sociales en el país, la Academia produjo un reporte importante sobre el papel de las humanidades en la educación superior. En la MLA debemos aplaudir una de las recomendaciones más concretas de ese reporte: la promoción del aprendizaje de lenguas, en todos los niveles educativos, a fin de “preparar a la nación para el liderazgo en un mundo interrelacionado” (*El meollo de la cuestión* 612). El reporte de la Academia también fue acompañado de un video de siete minutos sobre el papel de las humanidades en la vida en los Estados Unidos. Se puede encontrar en Google, y los animo a verlo y a compartirlo con sus estudiantes. Incluye un elenco de estrellas como el director de cine George Lucas, el cellista Yo Yo Ma, la jueza de la Corte Suprema estadounidense Sandra Day O’Connor y el reconocido arquitecto Billie Tsien. El video comienza con el actor John Lithgow, y sigue también con prominentes investigadores de las ciencias naturales y sociales. Cada uno de ellos reflexiona brevemente sobre las humanidades, lo que éstas significan, y qué sería de nosotros sin ellas.

Pero ¿qué es lo más evidente que falta en ese breve documental? La creciente importancia de las necesarias disciplinas en las ciencias, la tecnología, ingeniería y matemáticas en la academia estadounidense. Todos parecemos estar embarcados en “polémicas de posesión”, o sea, en pelear por la posesión de matrículas y en la defensa de nuestro campo disciplinario. Pero reflexionando sobre las bien pensadas y elocuentes declaraciones de los científicos en el documental “The Heart of the Matter”, y en conversaciones que tengo cada mes en Yale con otros directores de departamento académico como yo,

muchos de los cuales vienen de las ciencias naturales y sociales, me doy cuenta de que los científicos no son nuestros antagonistas.

Es más probable que encontremos las fuerzas del antagonismo dentro de nosotros mismos, en nuestra ocasional indiferencia, cada vez que, tal vez, no logramos “enganchar” a aquellos estudiantes que han venido a nuestras clases desde otras disciplinas. Todos sabemos cuán abiertos esos estudiantes suelen ser, aún no contaminados por inútiles prejuicios anti-humanistas. Ellos con frecuencia preguntan cosas que a sus compañeros de las humanidades les resultan obvias y por lo tanto no las preguntan. ¿Cuántas veces no se han dicho a ustedes mismos, al intentar responder a un no-humanista, “hmmm, nunca pensé en eso”?

Acabo de tener una experiencia de un semestre con la clase a la que aludía al principio de esta charla. Había treintaiséis subgraduados: dos de cuarto año, ocho de tercero, trece de segundo y trece más de primer año. Ninguno de ellos tenía una concentración en español, y sólo dos se concentraban en el campo aliado de Estudios Latinoamericanos. La mitad de la clase aún no había declarado su concentración, pero los demás incluían, entre otras, las de Biología Molecular, Computación, Estudios Medioambientales, Geología y Geofísica. Eran treintaiséis estudiantes en un curso que yo enseñaba en español, con textos difíciles del siglo XV al XVII. Nuestras lecturas iban desde el precolombino poeta texcocano Nezahualcóyotl (leído en español, no en náhuatl) hasta la emblemática poeta barroca, nuestra prefeminista monja mayor Sor Juana Inés de la Cruz. ¿Qué podía atraer y mantener a los estudiantes en el curso? Ustedes seguramente dirán que todos eran de ascendencia hispana. ¡No precisamente! La tercera parte de ellos tenía apellidos hispanos, lo que revelaba su procedencia, pero las otras dos terceras partes, no. No eran hablantes nativos de español, y leer sus apellidos de distinta herencia era como pasar lista en las Naciones Unidas.

El curso fue, para mí, una “muy corta introducción” a una nueva forma de pensar nuestra vocación. O sea, me inquietaban los números en descenso de estudiantes que declaraban una concentración en las humanidades, pero, a diferencia de Andrew Delbanco (139-177), que ha escrito elocuentemente sobre los retos que enfrenta una educación en las artes liberales, yo le había dado sólo una mirada rápida al problema más general. No estoy muy segura de que antes

creyera, como ahora, en el valor de nuestro gran esfuerzo. Tal vez necesitaba sentirlo en carne propia. La idea de llegar a estudiantes de especialidades fuera de las humanidades en cursos de contenido literario y cultural (y hacerlo en español) es una labor meritoria, no sólo como un servicio (lo que, a mi parecer, no es algo malo en sí mismo), sino como un aspecto inherente a nuestra vocación.

Tal vez en español podemos hacer esto más fácilmente por la ubicuidad de hablantes competentes en los Estados Unidos, así como por el interés de los estudiantes que no lo hablan bien. Si es así, somos privilegiados, pero a la vez tenemos una enorme responsabilidad: debemos resistirnos a la presión que se nos impone para dejar de dictar en español nuestros cursos subgraduados y graduados. Esta es mi propuesta: rehusar abandonar la enseñanza en español ante las presiones que existen para ello. El inglés está en todas partes, pero no es ni universal ni transparente, ni deja de ser un lente distorsionador a través del cual todas las otras lenguas modernas pueden pasar, traducidas, sin perder algo.

Todos mis colegas en estudios hispanos y luso-brasileros que son hablantes nativos saben esto perfectamente. Pero yo levanto esta bandera como angloparlante nativa. El compromiso académico que todos compartimos puede resumirse, en este caso, en un apellido también compartido, cuya coincidencia es demasiado sabrosa para no ser mencionada. Henry James Klahn, el tatarabuelo de mi colega Norma Klahn Garza de la Universidad de California-Santa Cruz, emigró en 1840 de Nuremberg a Galveston, la capital provisional de la república independiente de Texas. El fue el patriarca del clan hispanohablante de los Klahn-Garza, cuyos descendientes viven hasta hoy en ambos lados de la frontera estadounidense-mexicana. Norma creció en una comunidad hispanohablante de ascendencia germano-mexicana. Mi bisabuelo por el lado paterno, Joachim Klahn, emigró de Holstein en 1860 y se asentó en Iowa, de modo que yo crecí en una comunidad angloparlante de ascendencia germano-estadounidense.

Aquí debo enfatizar dos aspectos: el primero, más amplio, es un recordatorio de que Estados Unidos es todavía un país de inmigrantes de diversos destinos, aun cuando muchos de sus miembros tengan orígenes comunes. El segundo, más específico, es que, dada mi trayectoria étnica, me preguntaba cuando recién entré a esta profe-

sión si realmente llegaría a algo, si realmente tenía alguna oportunidad. Pero mi ya fallecido esposo ítalo-americano, el matemático y humanista David Adorno, elíptica aunque eficazmente me subrayó: “Recuerda, *¡no* hay hablantes nativos de matemáticas!”. Pertener a una determinada lengua o cultura, añadía usando un giro matemático, no era “una condición necesaria ni suficiente” para triunfar. Y tenía razón. Recuerdo mis muchos años en el profesorado de las universidades de Syracuse, Ohio State, Michigan y Princeton por su fuerte respaldo. Y no lo ha sido menos en mis dieciocho años en la Universidad de Yale, donde ese apoyo ha venido tanto de la institución como de mis colegas Josefina Ludmer, la ya fallecida María Rosa Menocal, y especialmente Noël Valis y Roberto González Echevarría, estando estos dos últimos conmigo aquí esta noche.

Vuelvo entonces una vez más a Carlos de Sigüenza y Góngora. Cuando él llamó un valioso logro la publicación de Purchas del Códex Mendoza, quiso decir que esa publicación rescató el código del olvido y lo preservó para la posteridad. Sigüenza era uno de los más tempranos y grandes estudiosos del pasado precolombino en México y, como el Inca Garcilaso en el Perú, Sigüenza buscó sacar el pasado prehispánico de las sombras del mito e insertarlo en la luz de la historia.

El saludo de Sigüenza a Purchas anticipó el homenaje que el gran explorador e investigador prusiano de las Américas Alexander von Humboldt (1769-1859) haría a la propia memoria de Sigüenza. Viajando a la Nueva España poco antes de que ésta se convirtiera en México independiente, Humboldt trató de ubicar los manuscritos mexicanos que el famoso polígrafo criollo había recolectado. Quiso localizarlos porque sabía que el viajero y compilador italiano Giovanni Gemelli Careri (1651-1725), autor de *Giro del mondo* (1699-1700), los había visto, y tal vez los había copiado bajo la supervisión del mismo Sigüenza. Aunque Humboldt no tuvo éxito en su búsqueda, sí descubrió la mayor colección existente en su momento de objetos antiguos mexicanos. Al recordar sus preparativos para ir a verlos, Humboldt escribió, en francés, que él había imaginado y vivido la misma emoción que Gemelli Careri debió haber experimentado cuando, más de un siglo antes, realizó el viaje que acabó a las puertas de Sigüenza.

He presentado esta imaginaria, pero no irreal (de hecho, virtual) conversación porque ocurrió a lo largo del tiempo desde los distintos puntos de vista de varias tradiciones culturales y lingüísticas: el Renacimiento inglés, el Barroco español, italiano y criollo hispanoamericano, y la Ilustración alemana e inglesa; todas unidas por la sola y trascendente búsqueda de la antigüedad precolombina. Y esos intercambios se unieron en el idioma castellano como el primer conducto e interpretación de las preciosas tradiciones prehispánicas de las Américas. Esta histórica letanía cultural ejemplifica la continuidad de la cultura que caracteriza, en no poca medida, la vida misma de las humanidades.

Durante las muchas vidas que el español ha tenido en este Nuevo Mundo, así como en la península ibérica y el resto del Viejo Mundo, en Asia y el Oriente, el idioma se ha convertido culturalmente en uno de los más ricos que hay. Contiene en sí los rasgos de las muchas y actuales culturas que ha tocado y las nuevas formulaciones con las que interactúa y que continuamente lo renuevan. Esto explica por qué mis colegas en el campo llamado imperfectamente “Literaturas coloniales latinoamericanas”, así como en los estudios literarios y culturales sobre España, América Latina moderna, latinos en los Estados Unidos, y en portugués y el mundo lusobrasileño, continúan resistiendo y saliendo al frente.

Uno de los grandes humanistas españoles del siglo XVI y catedrático en la venerable Universidad de Salamanca, Hernán Pérez de Oliva (*ca.* 1494-1531), hizo todo lo posible para elevar la dignidad del español vernacular y hacerlo una lengua de alta cultura y conocimiento. Interesado como estaba en la cosmografía y la geografía, reflexionó en 1524 sobre la situación geopolítica de España. Hoy, el 2015, puedo citar sus palabras para enfatizar la posición cultural del español y el estudio de todo lo que la lengua expresa: “Antes ocupábamos el fin del mundo, y agora estamos en el medio, con mudança de fortuna cual nunca otra se vido” (Pérez de Oliva 195). Pensando bien en esto, me encuentro ante ustedes esta noche, “con mudança de fortuna cual nunca otra se vido”; nunca por mí imaginada, nunca por mí soñada.

Quiero expresar mi profunda gratitud a la Asociación de Lenguas Modernas por este extraordinario honor. Trataré de estar a su altura. Aún tengo mucho por delante.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Adorno, Rolena. "Havana and Macondo: The Humanities in U.S. Latin American Studies, 1940-2000". En *The Humanities and the Dynamics of Inclusion since World War II*. David A. Hollinger, ed. Cambridge, MA: American Academy of Arts and Sciences; Baltimore: Johns Hopkins UP, 2006. 372-404.
- . "Washington Irving's Romantic Hispanism and Its Columbian Legacies". *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Richard L. Kagan, ed. Urbana: U of Illinois P, 2002. 49-105.
- Delbanco, Andrew. *College: What It Was, Is, and Should Be*. Princeton, NJ: Princeton UP, 2012.
- González Echevarría, Roberto. *Modern Latin American Literature: A Very Short Introduction*. New York: Oxford UP, 2012.
- The Heart of the Matter*. Cambridge: American Academy of Arts and Sciences, 2013. Informe abreviado: "El meollo de la cuestión": http://www.humanitiescommission.org/_pdf/HSS_Summary-Spanish.pdf. Consultado el 11 de junio de 2015.
- Jefferson, Thomas. "To John Rutledge, Jr." 13 July 1788. *The Papers of Thomas Jefferson, Volume 13, March to 7 October 1788*. Julian P. Boyd, ed. Princeton, NJ: Princeton UP, 1956. 358-359.
- . "To Thomas Mann Randolph, Jr." 6 July 1787. *The Papers of Thomas Jefferson: Volume 11, 1 January to 6 August 1787*. Julian P. Boyd, ed. Princeton, NJ: Princeton UP, 1955. 556-559.
- Pérez de Oliva, Hernán. "Razonamiento sobre la navegación del río Guadalquivir" [1524]. En *Diálogo de la dignidad del hombre. Razonamientos. Ejercicios*. María Luisa Cerrón Puga, ed. Madrid: Cátedra, 1995. 188-204.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Teatro de virtudes políticas* [1680]. En *Seis obras de Carlos de Sigüenza y Góngora*. Prólogo de Irving A Leonard. William C. Bryant, ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984. 165-240.